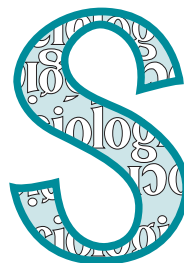


La génesis de un concepto a través de dos continentes: la sociología en España. Entrevista al Dr. Ramón Ramos Torre

Rafael Farfán H.*

UNA TERCERA y rápida visita académica por México (del seis al doce de febrero), en la que impartió una conferencia en el Departamento de Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Azcapotzalco, fue el mejor pretexto para pedirle esta entrevista al Dr. Ramón Ramos Torre. Catedrático de sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, el Dr. Ramón Ramos se ha labrado un prestigio académico a través de la paciente investigación que ha realizado en torno a pensadores clásicos de la teoría sociológica como Durkheim,¹ del que incluso ha publicado traducciones importantes para nuestra lengua,² acompañadas de valiosos estudios introductorios. A ello es preciso añadir el intenso estudio y difusión que ha llevado a cabo sobre un tema por demás descuidado en la teoría social: la sociología del tiempo.³ Adicionalmente, se ha destacado por su trabajo



* Profesor investigador del Departamento de Sociología de la UAM-A. Av. San Pablo núm. 180, Col. Reynosa Tamaulipas, 02200 México, D. F. Correo electrónico: rfh@correo.azc.uam.mx

¹ *La sociología de Émile Durkheim, Patología social, tiempo, religión*, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, Madrid, 1999.

² E. Durkheim, *El Socialismo*, Editora Nacional, Madrid, 1982.

³ *Tiempo y sociedad*, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo XXI, Madrid, 1992.

docente tanto en sus cursos de licenciatura como de doctorado en los que se han formado varias generaciones de estudiantes, españoles y extranjeros, particularmente latinoamericanos, y de donde hemos surgido algunos discípulos suyos.

Las líneas de investigación del Dr. Ramos se distribuyen actualmente en diversas áreas, en las que coinciden, sin embargo, tanto la persistencia en su interés por la teoría sociológica como la investigación social empírica. Especialmente quiero mencionar dos áreas de investigación teórica en las que hoy trabaja. La primera está centrada en un tema clásico de la sociología, pero en el que ha intervenido con una aportación propia. Me refiero al tema u objeto de la acción y al problema recurrente que lo acompaña: las consecuencias no intencionales de los actores sociales.⁴ La segunda área está integrada por lo que en décadas recientes ha formado la “sociología histórica” y en la que también ha hecho contribuciones recientes originales.

Precisamente, tomando en cuenta el largo camino de consolidación teórica del Dr. Ramón Ramos, y por su actual posición en el terreno de la sociología española, es que me ha parecido importante hacerle esta entrevista. Al concebirlo como actor y observador de los procesos a través de los que se ha instituido la sociología en España, es posible entonces situar en perspectiva las similitudes y diferencias que existen con los procesos por los que ha pasado la sociología en México. Es decir, el punto de vista del Dr. Ramos en torno a la sociología en España puede darnos un punto de comparación con el cual medir las venturas y desventuras de nuestra disciplina en ambos continentes, enfatizando los aspectos en los que ambas se han encontrado y separado. Así, el testimonio que nos da en esta conversación se puede leer como la visión retrospectiva de un actor en su contribución a la génesis de la semántica de un concepto distribuida en dos continentes: España y México. De conformidad con estas razones es que he aglutinado la entrevista en tres bloques: 1) desarrollo y formación sociológica del Dr. Ramos, destacando la influencia de aquéllos que él puede situar como sus principales profesores, 2) vinculación de su formación personal con la de los grupos y tradiciones sociológicas que aparecieron y se desarrollaron durante y después de Franco; finalmente 3) estado y organización actual del campo sociológico en el cual él se sitúa en España.

⁴ “Homo Tragicus”, en *Política y Sociedad*, Revista de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, núm. 30, 1999.

VENTURAS Y DESVENTURAS DE UNA DISCIPLINA: COMIENZOS Y (RE)COMIENZOS DE LA SOCIOLOGÍA EN ESPAÑA

Rafael Farfán H.: Quiero empezar por preguntarte la historia de tu formación académica en la sociología. Es decir, me gustaría que le explicaras a los lectores, especialmente mexicanos, cómo y cuándo (durante qué momento histórico de España) te formaste y quiénes fueron los profesores que dejaron una huella intelectual en ti. Es decir, cómo y cuándo nació tu vocación por la sociología y por qué clase de sociología. A su vez, me gustaría saber si estás enterado de la formación que tuvieron tus profesores y de las experiencias, sociales y políticas, que los marcaron y que trascendieron a través de ellos en ti.

Ramón Ramos Torre: Es difícil ser un autoobservador competente. Uno está siempre en peligro de caer en idealizaciones, racionalizaciones y demás demonios que convierten lo que ha acabado ocurriendo en un objeto de elección pura o en el cumplimiento de una vocación. En realidad, a poco que uno se distancie de lo que le ha sucedido y sitúe la propia historia personal en el marco de una trayectoria generacional, encuentra que aunque no se sea, al modo de Edipo, hijo de la fortuna, se es hijo de coyunturas en las que las decisiones ante lo posible van más en el sentido del rechazo y la negación, que de la intuición del significado de aquello que se hace o emprende. Y digo esto porque soy consciente de que fueron las especiales características de la coyuntura en la que entré en la Universidad las que me formaron y deformaron y acabaron encarrilándome hacia la sociología.

Desembarqué en la Universidad en el curso 1967-68 como estudiante de la Facultad de Derecho. Estudiaba esta carrera por exclusión: el resto de las licenciaturas entonces existentes me parecían aún menos atractivas. Además, entonces no había una licenciatura de sociología y, lo más probable, es que si la hubiera habido tampoco la hubiera cursado. Derecho tenía la virtud de ser una disciplina académica lo suficientemente genérica y polivalente como para no predeterminedar nada y dejar las cosas del futuro abiertas. Tal era mi situación mental. Lo más que entreveía entonces era la posibilidad de dedicarme a la docencia universitaria, siguiendo una cierta tradición familiar, pero no estaba claro a qué docencia; profesor sí, pero ¿de qué?

La realidad se encargó de aclarar las cosas. La realidad era el declive de la dictadura franquista, incapaz ya de mantener la fidelidad de los alevines de los triunfadores de la guerra civil. La realidad acabó

siendo también el cúmulo de noticias que, en mayo, llegaban de Francia y que alimentaban el narcisismo colectivo de que nosotros, los jóvenes, teníamos a la mano reorientar el mundo y poner la imaginación y la libertad en las instituciones; la realidad era asimismo la creciente politización de la Universidad, la apertura a nuevas lecturas crítico-marxistas, la irrupción del mundo extrauniversitario en las aulas, el sueño de la alianza entre los hombres del trabajo y los de la cultura... Tantas y tantas cosas que fueron el mundo tal como se mostró a mi generación.

Ante eso, era lógico que el formalismo y tecnicismo del derecho me acabaran por resultar asfixiantes. Comenzaron entonces mis lecturas de sociología. Al principio intuitivas, erráticas, sobrepolitizadas, fruto de lo que me caía en las manos o de lo vistoso de los títulos. Más tarde, cuando ya me encontraba en los últimos cursos de la carrera, más sistemáticas y acumulativas. En este paso fue decisivo el conocimiento de Carlos Moya, un joven catedrático de sociología que se convirtió en mi maestro y en el de muchos de los sociólogos de mi generación. Moya encarriló mis ansias lectoras hacia los clásicos. Me hizo un clásico-dependiente, cosa que no he dejado de ser nunca. Su idea era, coqueteando con expresiones de Marx, que para adentrarse en ese campo del saber había que proceder a realizar una acumulación originaria de capital intelectual y que eso suponía una lectura seria y lenta de Marx, Tocqueville, Simmel, Durkheim, Weber y demás archipadres. A eso me dediqué y cuando acabé la carrera de Derecho tuve la inmensa fortuna de que se puso en marcha una nueva licenciatura de Sociología, que precisaba un profesorado que había que reclutar contratando licenciados de otras disciplinas, y así fue como acabé aterrizando en ese mundo del que no me he apartado desde entonces.

El jurista se hizo sociólogo. Pasó en mi caso, pero pasó igualmente en el de muchos de los sociólogos españoles de mi generación. Todos veníamos de algún lugar extraño, como huyendo de algo que nos resultaba decepcionante, y dispuestos a comprometernos con esa sociología que ya en los últimos años de la dictadura franquista conseguía pleno espacio institucional en la universidad. No creo, pues, que se pueda hablar de vocación, llamada o siquiera intuición, sino más bien de rechazo y refugio—incluso del oscuro deseo de seguir siendo adolescente, permaneciendo en la Universidad y continuando con el compromiso que habíamos adquirido con los problemas del país—. Lo

que ocurrió fue que, una vez ubicado en ese nicho, la elección negativa se fue volviendo en positiva y el gusto inicial por la teoría social se convirtió en destino manifiesto.

Me hubiera gustado dedicar mi tesis a las obras que entonces más me atraían: la de Marx o la de Weber. No pude hacerlo por mi desconocimiento del alemán. Al final me acabé decidiendo por Durkheim, y a él, a su obra y la de los suyos, dediqué un buen número de años. No me interesaba un aspecto determinado de su trabajo, sino el conjunto que formaba: sus puntos de arranque, sus tanteos iniciales, la temprana intuición de su misión sociológico-evangelizadora, su estrategia de legitimación del discurso emergente, su política de alianzas y reclutamiento en la universidad francesa de la III República, la relación entre sus monografías y, sobre todo, su curiosa evolución o, más bien retrogresión, que lo llevó de una atención inicial a la patología social contemporánea hacia el problema de los orígenes fundacionales de lo social y su consecuente inmersión en la problemática de la religión originaria y la fundación sacral de lo social. Resultado de ese recorrido fue que me convertí, casi sin darme cuenta y arrastrado por el objeto de análisis que había escogido, en un durkheimiólogo; eso sí: con la enorme fortuna de no derivar en durkheimiano.

Si éste es el autorretrato de mis orígenes, no creo que sea muy distinto el retrato de los pocos maestros con los que entonces topé y el del resto de mi generación de sociólogos académicos. Todos veníamos de un desierto cultural, nos sentíamos huérfanos en una universidad que había sido purgada sistemáticamente por el franquismo, atendíamos más a lo que se pensaba y publicaba fuera que a lo se hacía dentro y nos pusimos a trabajar como si la sociología acabara de nacer, como si fuera una ciencia novísima y abriera la posibilidad de aunar nuestro deseo de aprender con el compromiso político que sentíamos con la sociedad en la que la mala fortuna nos había hecho nacer. Como Machado dejó escrito en un poema, también retrospectivo, pensábamos: “el hoy es malo pero el mañana es mío”; lo malo, con todo, es que la cosa acaba en el hoy y uno se da cuenta retrospectivamente de eso que entonces, más que pensarse, se vivía. Evidentemente, hoy estamos en aquello que intuíamos o deseábamos en el pasado. La pregunta, la más melancólica de las preguntas, es inevitable: ¿en qué nos convertimos? Una pregunta que, como comprenderás, es demasiado grave como para responderla aquí y sin más. Basta con dejarla ahí: importunando.

**FORMACIÓN Y CONSOLIDACIÓN DE
TRADICIONES Y COMUNIDADES DE INVESTIGACIÓN:
EL SER Y HACER DE LA SOCIOLOGÍA EN ESPAÑA**

R. F. H.: Como observador ¿cuál ha sido a tu juicio el proceso por el cual ha pasado la sociología en España, primero hacia la institucionalización y después, o simultáneamente, hacia la profesionalización? En este proceso ¿qué clase de tradiciones de investigación se han formado y consolidado y bajo ellas qué sentido le han dado al ser y al hacer de la sociología española? ¿Qué tipo de usos y costumbres son los que distinguen a los grupos o comunidades de investigación en tu país, es decir, cómo se organizan y discuten entre ustedes? Finalmente, y como actor, ¿de qué modo te sitúas en la historia de los comienzos y (re)comienzos de la sociología en España y en medio de sus avatares?

R. R. T.: Hemos estado celebrando hace poco el primer centenario de la institucionalización académica de la sociología en España. Los fastos han sido discretos y, en ese sentido, han estado a la altura de lo celebrado. Pues, si bien se mira, y por mucho que se resalte que la primera cátedra de sociología en la universidad española fuera dotada en 1898, no somos hijos de esa historia. Lo digo porque no surgimos de ella, pues esa historia no tiene continuidad y su tradición es más curiosidad o erudición que historia viva. Es cierto que siempre se puede jugar a los precedentes o incluso a los contrafácticos, y que podríamos ponernos a aventurar qué hubiera ocurrido en este país si no hubiera habido guerra civil, si Franco, el Movimiento Nacional y el nacional-catolicismo no hubieran sido nuestra pesadilla durante casi cuarenta años, si Ortega y sus discípulos hubieran podido desarrollar el centón de ideas (de origen francés y alemán) que se insinuaban en sus escritos, etcétera. Pero la realidad es que no tenemos una tradición sociológica propia de la que podamos sentirnos herederos y que, si se quiere dar espesor histórico a la sociología española actual, no hay más remedio que retrotraerla a la España de los años sesenta.

Surge como el fruto híbrido de la reconversión creciente de algunos pensadores de origen falangista, del decrepito pensamiento social de la Iglesia nacional-católica y, sobre todo, de la estancia en el extranjero de algunos jóvenes con vocación sociológica que volvieron a la calcinada patria trayendo nuevas del extranjero (principalmente de Estados Unidos, pero también de Alemania, Inglaterra y Francia). Resulta así que, en lo que tiene de español, la sociología española carece de

historia propia (a no ser en el sentido trivial de que algo ocurrió en el pasado), y que la naciente sociología de este país se definió sobre todo como importación masiva de ideas, modas, líneas de investigación, etcétera, aprendidas en Masters y PhDs en el extranjero.

A mi entender, hay un hito en la institucionalización de esa nueva y exógena disciplina: la creación, en la Complutense de Madrid, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología a principios de los años setenta; sobre todo, la institucionalización de una licenciatura específica de sociología en 1973. De ese evento y de la proliferación posterior de licenciaturas en sociología al hilo de la construcción improvisada del Estado de las Autonomías viene la sociología tal como se vive, académica y profesionalmente, en la actualidad en el país. El resultado que hemos conseguido no es glorioso, pero tampoco resulta desdeñable. Es posible que me equivoque y que presente al modo asertórico lo que no es sino mi recortada impresión, no obstante, a mi entender, la sociología española actual, si atendemos a su práctica académica, sigue siendo en gran parte noticia de las cosas que se llevan en la academia mundial. Considerando mi propia práctica de conocimiento y la de mis colegas, tengo siempre la impresión de que nos limitamos, las más de las veces, a reconstruir, sistematizar, evaluar lo que constituyen los hitos académicos del momento mundial, circunscribiéndonos a agregar una guinda personal. Esto nos pone en el mundo y nos proporciona actualidad, mas muestra igualmente que estamos todavía muy lejos de haber consolidado una tradición acumulativa, de referencias cruzadas entre sociólogos del propio país, basada en la toma en consideración y escrutinio de las propuestas de nuestros colegas. No estoy con esto doliéndome de la falta de un casticismo sociológico —mal de males que nos impediría pensar. Simplemente destaco que, siendo ya globales, lo somos de manera archidescarnada: meras mercancías que podrían estar en las estanterías de cualquier supermercado desterritorializado.

La cara gloriosa de esta insuficiencia no es menos evidente. Cualquiera que atienda (y en el mundo académico de asfixiante dominio anglosajón no se las atiende mucho) a las revistas en las que publicamos (*REIS*, *RIS*, *Papers*, *Política* y *Sociedad*, por ceñirme a las más trascendentes) podrá comprobar que la sociología que se hace está bien estructurada en especialidades, tiene un buen nivel, está al tanto de las discusiones que entretienen a la sociología mundial, acumula evidencias sobre la realidad social española, observa sus temáticas más específicas, etcétera. Desde este punto de vista, la sociología se ha

normalizado y la institucionalización ha tenido un éxito indudable. Es posible que esto sea el punto de partida o la estación de paso obligado para algo más relevante y que, según me parece, se apunta en los jóvenes que en la actualidad están acabando su proceso de formación; son éstos los que, tras la labor realizada por los que tuvimos que aprender sobre la marcha e improvisando, trabajando además en un ambiente no muy propicio, pueden impulsar una sociología menos receptiva y más creativa, acumulativa, selectiva en relación con las modas foráneas, capaz de pensar por sí misma y hacer aportaciones de peso. Hay que olvidarse de la tonta sublimación de Miguel de Unamuno: ¡que inventen ellos!

Las bases están dadas. Fruto de la institucionalización es la celebración de seminarios, cursos, encuentros, actividades extracurriculares que se han convertido en práctica corriente en el país. Los primeros congresos españoles de sociología eran ceremonias excitantes en las que los participantes forzábamos la concesión del certificado de mayoría de edad para el que todavía no teníamos méritos suficientes. Este año se va a celebrar el VII Congreso. En el breve plazo que va de la primera edición (1981) a la actual, las cosas han cambiado profundamente: los grupos de investigación están consolidados, el número de ponencias y comunicaciones es creciente, su calidad también. Evidentemente, un Congreso es un escaparate —a veces, sólo eso—. Pero el escaparate permite contemplar productos correctamente acabados; en este caso, una sociología ya constituida y en marcha. El problema es hacia dónde.

El rumbo lo habrían de determinar las tradiciones intelectuales asentadas. Es evidente que, por mucho que algunos se afanen en distinguir corrientes, variantes y tipos más o menos exóticos, la sociología española no está estructurada en escuelas. La cosa no me parece mal, ya que, en el medio en el que se constituyó, esas escuelas sólo podrían haber sido capillas episcopales o cortes de señores y vasallos. La clave para comprender esta desvertebración se halla en el hecho de que la sociología es hija fundamentalmente de la democracia, de una universidad en expansión no controlable desde puestos de poder y de una institucionalización del profesorado universitario que acuerda un cierto espacio de igualdad a los distintos escalones docentes, lo que hace que uno no tenga que vender el alma, la inteligencia y la imaginación a un sátrapa académico para poder sobrevivir. Esto ha creado los cimientos para un sano pluralismo y un cierto entre desenfado y eclecticismo, que me parece mejor base para llegar en el futuro a algo

de provecho e interés que la vieja estructuración piramidal en “escuelas”, capillas y cátedras de la universidad tradicional en este país.

Tal vez el cuadro que te proporciono insista demasiado en “la levedad del ser”, pero es como veo las cosas y me parece básicamente realista. Hay gente que se proclama de alguna ortodoxia o que clasifica a los demás en determinada escuela o tradición, no obstante, si se atiende adecuadamente, resulta ser más un exceso retórico, un intento de llenar de fe y seguridad a los ciudadanos de *Kakania*, que un dato a tomar seriamente en consideración. Los sociólogos más interesantes son hijos de muchos padres y, aunque parezca a veces una carga odiosa, es eso lo que les permite pensar con una cierta independencia. Por la piel de toro han pasado funcionalismos estrictos y aguados, estructuralismos de diversa calaña, marxismos cocinados a la francesa, alemana o británica, posmodernidades, pragmatismos, ecos etnometodológicos y todo lo que en los últimos 40 años ha tenido a bien echar a este mundo la academia mundial. Pero, a decir verdad, y a pesar de estar instalados en un país de gente terca, nadie se ha empeñado en una línea de pensamiento a defender y profundizar consecuentemente; todo lo más, y esto afecta sobre todo a los que se dedican a una sociografía muy a ras de suelo, se han dejado arrastrar por hábitos aprendidos en la juventud, amables y disculpables por la seguridad que engendran.

CAMPO, PROBLEMAS Y OBJETOS ACTUALES DE ESTUDIO DE LA SOCIOLOGÍA EN ESPAÑA

R. F. H.: ¿Cuáles son los campos temáticos y los problemas de investigación que se privilegian hoy en la sociología española? ¿Cómo se han formado éstos y bajo qué clase de presiones sociales y políticas? ¿Con qué tipo de organización profesional cuenta la sociología en España; cuándo y cómo nacieron sus congresos; con qué periodicidad se celebran? Por último, ¿qué lugar ocupa en la sociología española la investigación en teoría sociológica, cómo se encuentra organizada y con qué clase de publicaciones cuenta? Especialmente ¿cómo eligen sus temas y problemas teóricos de estudio y discusión?

R. R. T.: A la hora de fijar los campos temáticos que reciben una atención más generalizada no encuentro diferencias sustantivas con los que ocupan a los investigadores de los países del entorno europeo.

Bastaría echar una ojeada a los grupos de trabajo asentados en los tres últimos congresos nacionales para comprobarlo. Encontraremos los campos usuales: desde la abstracción teórica o los limbos del tiempo y el lenguaje, hasta los temas más a ras de suelo y lindantes con la práctica del trabajo social. No estoy diciendo que haya puro mimetismo, sino que se ha ido asentando la tematización sociológica que es propia de la ciencia social del mundo actual, llámese sociedad de la información, el conocimiento, el riesgo o cualquier otro diagnóstico-imagen. En ese marco, es difícil fijar los énfasis que retratan una peculiaridad más marcada en la sociología del país. Me limitaré a dos que están ligados a cuestiones estructurales que se han hecho especialmente visibles en los últimos años. Está por un lado el asunto de las migraciones. Como sabes, España ha sido hasta los años sesenta del pasado siglo un país de emigrantes. La novedad que se nos ha venido encima es que se ha convertido progresivamente en uno de inmigrantes, lo que ha supuesto la emergencia de problemas nuevos frente a los que ni las autoridades públicas ni la población en general saben dar con la respuesta adecuada. Esto ha llevado a la proliferación, aunque sea reciente, de investigaciones sociológicas al respecto. El otro problema obvio es la configuración del Estado en términos autonómicos y la definición constitucional de España como nación de naciones. El tema es tan viejo como la democracia y la respuesta sociológica ha consistido en el desarrollo de investigaciones muy interesantes sobre la conformación identitaria, tópico en el que la sociología española se encuentra claramente avanzada.

Me preguntas por la organización de la empresa sociológica en el país. Su exponente fundamental es la Federación Española de Sociología (FES), miembro de la ISA, creada al calor de la transición democrática, en 1979. Aglutina a las múltiples organizaciones de base territorial que fueron surgiendo en los territorios en los que había ya una cierta comunidad de sociólogos y su labor fundamental, aparte de representar a España en la ISA, es la organización de los congresos trianuales a los que me referí antes. Además, hay un movimiento organizativo creciente: se acaba de celebrar, promovido por el colegio profesional en el que se integran voluntariamente los sociólogos en España, el I Congreso de Politólogos y Sociólogos profesionales, más centrado en el debate sobre la praxis sociológica en el país y, por lo tanto, lejos de las volutas abstractas de los congresos académicos; además, en 1999 se celebró ya el II Congreso de Estudiantes de Socio-

logía, que supuso una buena movilización del estudiantado dedicado a la disciplina y demostró la capacidad de nuestros estudiantes para ir más allá de las estrechas paredes del aula.

No creo, pues, que la organización de la sociología sea despreciable en España. Lo más llamativo es que, lejos de los argumentos sobre los apáticos cabeza-de-huevo que se dedican a los temas más abstractos, uno de los colectivos que mejor y más desarrollado grado de autoorganización ha alcanzado en España sea el de los que se dedican a la teoría sociológica. Como en cualquier país —y me imagino que la situación en México será semejante—, formamos un grupo más bien reducido, acosado típicamente por las dudas de los colegas menos benevolentes sobre si lo que hacemos es propiamente sociología y no más bien filosofía barata o literatura trivial. Pero, a pesar de ser pocos y sospechosos, somos un gremio muy bien avenido. Desde 1992, y para evitar la dispersión, prisas y trivialización de las discusiones de los congresos regulares de sociología, hemos institucionalizado unos encuentros trianuales, que se celebran dos meses antes de los congresos generales, en los que un grupo pequeño, de menos de una treintena de profesores de edades y rangos académicos dispares, nos reunimos para debatir con sosiego las ponencias que van a ser presentadas en el congreso. Este mes de julio acaba de celebrarse en Oviedo el IV Encuentro. El primero no tenía un tema definido, pero ya en el segundo y los sucesivos se fijaron temáticas (complejidad, reflexividad, riesgo, sociedad de la información-comunicación) que son, por lo menos, el punto de referencia significativo de los trabajos que se ofrecen a la discusión. Se suele invitar también, en función de la temática dominante, a académicos de otras especialidades sociológicas o incluso de otras áreas disciplinares, para que se integren a la discusión, abriendo así el arco de las miradas posibles sobre el tema a debate. Tras los encuentros, y una vez ya presentadas las ponencias definitivas en el Congreso regular, reunimos los trabajos y publicamos un libro con todo el material. Este proceder es, a mi entender, muy bueno, y ha conseguido que los así llamados “teóricos” conformen una de las colectividades más productivas, entramadas y mejor comunicadas de la sociología española. Ironía de ironía: la teoría vuela a ras de suelo y calla la tonta risa de la muchacha tracia.

Espero con todo esto dar cumplida respuesta a las cuestiones que me has ido planteando. En gran parte, tienen que ver con la historia de la sociología en España y las planteas en un momento en el que

aquí se está empezando a reflexionar seriamente al respecto. Hay ya algunas investigaciones que, si estás interesado en recabar más datos, puedes consultar y que han salido a la luz al calor del primer centenario al que antes hacía referencia. En cualquier caso, pienso que este intercambio de impresiones e información al que me has invitado es muy pertinente en el momento actual. Tal vez sea un término fuerte y algo siniestro, pero no me resisto a utilizarlo y es que estamos abocados a un destino común y de entendimiento entre todos los sociólogos que pensamos y escribimos en español. Todavía tengo muy presente de qué manera, cuando empezaba a trabajar en mi investigación doctoral sobre Durkheim, recurría a materiales que se publicaban en la Revista Mexicana de Sociología, que mostraban una ciencia social muy por encima de la que entonces teníamos en España. Crear una buena base de comunicación y encuentro entre la sociología española y la mexicana o, más allá, entre las distintas sociologías latinoamericanas es, y estarás de acuerdo conmigo, una tarea que los tiempos nos imponen y que hemos de asumir sin más dilación. Los que nos dedicamos a esta cosa tan crucial y gaseosa de la teoría podríamos dar ejemplo y ponernos a la tarea.

Ciudad de México - Madrid, marzo-julio 2001